

La vida empieza en septiembre.

Estefanía Pérez de Nanclares

LA VIDA
EMPIEZA EN
SEPTIEMBRE



Capítulo 1

I

La oscuridad del apartamento era tan cálida como el rojo ardiente del cigarro que Vera tenía en sus labios. La luz rosada del "Hotel de Paris", situado en la calle de frente, penetraba por las vidrieras del salón creando un efecto íntimo en las esquinas del techo. Vera tenía la sensación que más temprano que tarde aquella habitación le absorbería. Vera cogió su cazadora de cuero negro, dinero que depositó al azar en sus bolsillos, las llaves y con un portazo sentenció aquella tragicomedia.

Una vez en la calle sintió volver a la realidad. El frío de Mayo en Amsterdam penetró los poros de su cara y le devolvió la vitalidad. El bar situado bajo su apartamento tenía ocupada cada silla y mesa de su terraza. Jóvenes mayoritariamente rubios celebraban el final del periodo de exámenes con ingentes litros de cerveza barata. Vera sintió su lengua seca tras el cigarro y pensó que debía buscar algún sitio para celebrar, por ejemplo, la vida.

Empezó a caminar por la calle de Marnixstraat dirección de la famosa plaza de Leidseplein donde más jóvenes y muchos turistas caminaban sin rumbo definido en busca de diversión, ambientes nocturnos y una historia que contar.

Las luces de los establecimientos y cadenas de fast food brillaban con efusividad sobre las hermosas fachadas de aquellos edificios históricos. Vera se coló por una calle secundaria alejándose levemente del bullicio.

Tras cruzarse con varios grupos de vociferantes con estridentes risas, Vera llegó a un pequeño bar con aire romántico. El establecimiento no era muy grande y tenía una barra en forma de U que conectaba la puerta de entrada y la de salidas a los extremos. Las botellas de whisky y los vasos con marcas serigrafiadas completaban la decoración. En la paredes placas de madera con asientos rústicos. La voz del gran Elvis amenizaban el entorno dándole un aire auténtico y romántico.

Vera tomó asiento en un taburete de la barra cercano a la puerta de salida, un lugar donde no llamar mucho la atención. "Vivimos en una sociedad donde ver sola, beber cerveza a una mujer joven, es raro". No tenía ganas de calentarse la cabeza, tenía sed.

El camarero se acercó para preguntarle qué quería tomar, intuyendo desde lejos que no sería ninguna selección de whiskys de la carta y en efecto, a Vera no le gusta el whisky. A Vera le gusta la intimidad y el calor. Le gusta Elvis. Le gusta estar sola y aquella noche lo demás daba igual. Vera pidió una Leffe blonde. El camarero le miró intrigado mientras

servía su comanda y acto seguido le cobraba. No tardó en hacer preguntas de cortesía para crear una falsa empatía que derivara en un par de euros de propina.

Vera miraba el color rubio de la cerveza sin que ningún pensamiento interrumpiera su mente por unos segundos. Sin embargo la oleada de temas a debatir en su cabeza aparecieron a trompicones pisándose unos a otros torpemente. El embotamiento mental le hizo tomar un trago un poco más abrupto de lo normal. Como queriendo devolver sus pensamientos hacia dentro otra vez.

En ocasiones Vera se sentía egoísta por tener noches como aquella. Ella siempre pensaba que era injusto sentirse abrumado por decisiones de aquella índole, cuando hay gente con problemas realmente graves. Vera se sentía muy afortunada con la vida y cada día aprendía a valorar las pequeñas cosas que la vida le presentaba. No obstante como todo ser humano, también tenía días en los que su ombligo era una batalla a librar. ¿Quién soy? ¿Dónde voy? ¿Qué quiero ser? ¿Qué voy hacer? ¿Qué me hace feliz en la vida?. Todas estas eran preguntas que la humanidad pasa el resto de sus vidas intentando contestar y sin embargo Vera tenía la necesidad insana de resolver en una noche.

Miró de pronto la cerveza. Quedaban dos tragos largos que ingirió rápidamente. Salió de aquel local con decisión como si tuviera un rumbo definido. No era así.

II

El teléfono vibraba encima de la mesa. Un número desconocido. Era demasiado pronto para que Vera fuera Vera. No contestó. El número desconocido repitió la llamada por tres veces. Finalmente contestó.

La llamada era de una oferta de trabajo en una recepción de un pequeño hostel. Vera, acordó citarse allí en media hora. Fingió no seguir durmiendo a las 12 del mediodía. Fingió no tener resaca. Fingió que su curriculum era totalmente cierto. Se vistió rápidamente y salió de casa.

Una vez en la calle, quitó la cadena a su bici y salió escopetada. Tras tres calles hacia la izquierda y dos puentes a la derecha, llegó a su destino. El hostel estaba localizado en un antiguo edificio del centro. Fachada clásica, en frente del canal y a sólo cinco minutos en bici de su apartamento temporal. Pero eso era otra cuestión a tener en mente. Era imposible encontrar una habitación por más de seis meses, sin conocer a nadie, sin el dinero suficiente, sin la energía de hacer más de tres entrevistas por día. Vera encontraba ridículo que probablemente era más fácil entrar en una universidad como Harvard que ser aceptado en un piso en

Amsterdam.

Aparcó su bicicleta junto a un árbol. Llamó al timbre. Una mujer afroamericana le abrió la puerta. Lo primero que sorprendió a Vera era el aspecto atlético y en la expresión enérgica de su cara. Se sintió algo abrumada por un instante.

-Pasa, pasa. Encantada, mi nombre es Alice. -dijo la mujer con una sonrisa radiante-.

Vera pasó rápidamente. Alice comenzó a explicarle sobre el trabajo y el lugar. Vera escuchaba ausente ya que todavía no había tomado un café y habían demasiados detalles nuevos a su alrededor. Subieron a la primera y segunda planta a modo de tour.

-La idea es que recibas y despidas a los clientes, gestionar las reservas online y controles al personal de limpieza y cocina. ¿Tienes experiencia con las reservas online?-preguntó Alice-

-Sí...umm, he estudiado perio-periodismo. Sí. Se me dan bien los ordenadores. Hacer publicaciones y eso.- dijo Vera tartamudeando-.

Alice se quedó callada unos segundos. Miró a los ojos a Vera y sonrió.

-Pareces menos tímida cuando estás callada. Siento que puedes hacerlo bien. Lo único te recomiendo sacar un poco más de carácter, seguramente tengas clientes algo caraduras por aquí.-sentenció Alice-.

La siguiente media hora transcurrió entre explicaciones, escaleras y horarios. Vera intentó absorber cada detalle en vano. Se sentía abrumada, ahora de verdad. Se despidió hasta el próximo viernes. Le estrechó la mano a Alice y salió aturdida de aquel edificio. Sorprendentemente su bicicleta seguía allí. Era sorprendente teniendo en cuenta que se había dejado las llaves puestas, otra vez.

Al llegar a casa un silencio sepulcral. Sus compañeros de piso no estaban y si estaban no querían que nadie lo supiera. Es la magia de compartir piso en esta era. Ser y no estar, estar y no ser visto. Vera se encerró en su cuarto y abrió la ventana. Había un árbol que daba justo a su enorme ventana, en la cual le gustaba sentarse a fumar.

Vera miraba los rayos de sol de medio lado. Los niños jugando en un parque de aquel barrio antes extrarradio, ahora vecindario cotizado. Era la realidad de aquella ciudad. Siempre escuchaba lo mucho que había cambiado en veinte años. Y ahora ella. Ella en bragas, sentada en una ventana, con el humo de un cigarro atravesando la separación de sus dientes. Pensaba en lo que Alice había mencionado. El carácter no era algo que le faltara, pero sí algo que quisiera ocultar. Pensaba en cuántas

veces su propia madre se lo mencionó antes de marcharse.

Apagó el cigarrillo y encendió la música. *The Velvet Underground* sonaban. Era una grabación original del verano de 1970. La melodía complicada, el sensual timbre del bajo. Vera se sentía optimista. Comenzó a bailar suavemente en aquella habitación sin espectadores. Se sentía sola, así que ella se imaginaba escenas en las que era una *groupie* de los años sesenta. Pensamientos sobre otro mundo venían a su cabeza. Para cuando terminó la canción Vera había empezado a llorar. Tomó su móvil y miró fotografías antiguas de sus años en la universidad.

Te dicen, desde que naces, lo que tienes que hacer, cada paso, al milímetro. No hay margen para el error en esa métrica poética del sistema. Pero un día estas sola, en una habitación de diez metro cuadrados. Comes arroz y muesli día y noche. Por elección, ojo, pero sin condición de quedarte en tu lugar de origen. Echo de menos la sal del mar y los paseos en bici por la playa. Los pantalones cortos de talla alta y el pelo secarse al aire. El jugo del melocotón corriendo por las rodillas. Los besos furtivos de un primer amor. Las risas de las fotos de carrete. Esas eran sonrisas de verdad, del momento.

Vera se tumbó en su cama y cerró los ojos. Estaba decidida a soñar con su pequeño pueblo costero. En la segunda estrofa de la siguiente canción se quedó dormida.